

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

5 DE MARZO DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA



Y EL OTRO CARNAVAL ¡OH DIOS MÍO, YO TE ASEGURO!...

Ayuntamiento de Madrid

AFRA

La primera vez que asistí al teatro en Marinoda—cuando me destinaron, con mi regimiento, á la guarnición de esta bonita capital de provincia,—recuerdo que asesté los gemelos á la triple hilera de palcos, para enterarme bien del mujerío y de las esperanzas que en él podía cifrar un muchacho de veinticuatro años no cabales.

Gozan las marinodinas fama de hermosas, y vi que no usurpada. Observé también que su belleza consiste principalmente en el color. Blancas (por obra de naturaleza, no del perfumista), de bermejos labios, de floridas mejillas y mórbidas carnes, las marinodinas me parecieron una guirnalda de rosas tendida sobre un barandal de terciopelo oscuro. De pronto, en el cristal de los anteojos que yo paseaba lentamente por la susodicha guirnalda, se encuadró un rostro que me clavó los gemelos en la mano. Y no es que aquel rostro sobrepujase en hermosura á los demás, sino que se diferenciaba de todos por la expresión y el carácter.

En vez de mujeres de fresca encarnadura y plácido ó picaresco gesto, vi una joven de rostro descolorido, de líneas enérgicas, de ojos garzos, coronados por cejas negras, casi juntas, que les prestaban una severidad singular; de nariz delicada y bien diseñada, pero de alas móviles, reveladoras de la vitalidad apasionada; una cara de corte severo, casi viril, rematada por un casco de trenzas de un negro de tinta, pesada cabellera que debía de aborrecer los jugos de la carne... Aquella fisonomía, sin dejar de atraer, alarmaba, pues era de las que dicen á las claras, desde el primer momento, al que las contempla: «Soy una voluntad. Puedo torcerme, pero no quebrantarme. Debajo del suave maniquí femenino, escondo el acerado resorte de un alma.»

He dicho que mis gemelos se detuvieron fijándose ávidamente en la señorita pálida, del abundoso pelo. Aprovechando los movimientos que hacía para conversar con unas señoras que la acompañaban, detallé su perfil, su acentuada barbilla, su cuello delgado y largo, que parecía doblarse al peso del voluminoso rodete, su oreja menuda y afilada, como para no perder sonido. Cuando hube permanecido así un buen rato, llamando sin duda la atención por mi insistencia en considerar á aquella mujer, sentí que me daban un golpecito en el hombro, y oí que me decía mi compañero de armas Alberto Castro:

—¡Cuidadito!

—Cuidadito ¿por qué?—respondí bajando los anteojos.

—Porque te veo en peligro de enamorarte de Afra Reyes, y si está de Dios que ha de suceder, al menos no será sin que yo te avise y te entere de su historia. Es un servicio que los hijos de Marinoda debemos á los forasteros.

—¿Pero tiene historia?—murmuré haciendo un movimiento de repugnancia;—porque sin amar á una mujer me gusta su pureza, como agrada el aseo de casas donde no pensamos vivir nunca.

—En el sentido que se le suele dar á la palabra historia, Afra no la tiene... Al contrario, es de las muchachas más formales y menos coquetas que por ahí se encuentran. Nadie se puede alabar de que Afra le devuelva una miradita, ó le diga una palabra de esas que dan ánimos. Y si no, haz la prueba: dedícate á ella; mírala más; ni siquiera se dignará volver la cabeza. Te aseguro que he visto á muchos que anduvieron locos y no pudieron conseguir ni una ojeada de Afra Reyes.

—¿Pues entonces... qué? ¿Tiene algo... en secreto? ¿Algo que manche su honra?

—Su honra, ó si se quiere, su pureza, repito que ni tiene ni tuvo. Afra, en cuanto á eso... como el cristal. Lo que hay te lo diré... pero no aquí; cuando se acabe el teatro saldremos juntos, y allá por el Espolón, donde nadie se entere... Porque se trata de cosas graves... de mayor cuantía.

Esperé con la menor impaciencia posible á que terminasen de cantar *La bruja*, y así que cayó el telón, Alberto y yo nos dirigimos de bracero hacia los muelles. La soledad era completa, á pesar de que la noche tibia convidaba á pasear, y la luna plateaba las aguas de la bahía, tranquila é la sazón como una balsa de aceite, y misteriosamente blanca á lo lejos.

—No creas—dijo Alberto—que te he traído aquí sólo para que no me oyese nadie contarte la historia de Afra. También es que me pareció bonito referirla en el mismo escenario del drama que esta historia encierra. ¿Ves este mar tan apacible, tan dormido, que produce ese rumor manso y misterioso contra la pared del malecón? ¿Pues sólo este mar... y Dios, que lo ha hecho, pueden alabarse de conocer la verdad entera respecto á la mujer que te ha llamado la atención en el teatro! Los demás la conocemos por meras conjeturas... ¡y tal vez calumniamos al conjeturar! Pero hay tan fatales coincidencias; hay apariencias tan acusadoras en el mundo... que no podría

disparlas sino la voz del mismo Dios que ve los corazones y sabe distinguir al inocente del culpado.

«Afra Reyes es hija de un acaudalado comerciante: se educó algún tiempo en un colegio inglés, pero su padre tuvo quiebras, y por disminuir gastos se trajo á la chica, interrumpiendo su educación. Con todo, el barníz de Inglaterra se le conocía; traía ciertos gustos de independencia y mucha afición á los ejercicios corporales. Cuando llegó la época de los baños, no se habló en el pueblo sino de su destreza y vigor para nadar.

«Afra era amiga íntima, inseparable, de otra muchacha de aquí, Flora Castillo; la intimidad de las muchachas continuaba la de sus familias. Las chicas se pasaban el día juntas; no salía la una si no la acompañaba la otra; vestían igual, y se enseñaban, riendo, las cartas amorosas que las escribían. Ni una ni otra tenían novio, ni siquiera demostraban predilección por nadie. En estas vino del Departamento cierto marino muy simpático, de hermosa presencia, primo de Flora; y empezó á decirse que el marino hacía la corte á Afra, y que Afra le acogía con entusiasmo. Y lo notamos todos: los ojos de Afra no se apartaban del galán, y al hablarle, la emoción de Afra se conocía hasta en el anhelo de la respiración y en lo velado de la voz. Cuando á los pocos días se supo que el consabido marino sólo venía á casarse con Flora, se armó un caramillo de murmuraciones y de chismes, y se presumió que las dos amigas reñirían para siempre. No fué así; aunque desmejorada y triste, Afra parecía resignada, y acompañaba á Flora de tienda en tienda, á escoger ropas y galas para la boda. Esto sucedía en Agosto.

«Allá en Setiembre, poco antes de la fecha del enlace, las dos amigas fueron, como de costumbre, á bañarse juntas allí... ¿no ves? en la playita de San Wintila, donde suele haber mar brava. Generalmente las acompañaba el novio; pero aquel día sin duda tenía que hacer, pues no las acompañó.

«Amagaba tormenta; la mar estaba picadísima; las gaviotas chillaban lúgubrementemente, y la criada que custodiaba las ropas y ayudaba á vestirse á las señoritas, refirió después que Flora, la rubia y tímida Flora, sintió miedo al ver el aspecto amenazador de las grandes olas verdes que se rompían contra el arenal. Pero Afra, intrépida, ceñido ya su traje de hombre, de sarga azul oscura, animó con chanzas á su amiga. Metiéronse mar adentro cogidas de la mano, y pronto se las vió nadar, cogidas también, envueltas en la espuma del oleaje.

—Poco más de un cuarto de hora después, salió á la playa Afra sola, desgredada, ronca, livida, gritando, pidiendo socorro, sollozando que á Flora la había arrastrado el mar...

«Y tan de verdad la había arrastrado, que de la linda rubia sólo reapareció, aquella misma tarde, un cadáver desfigurado, herido en la frente... El relato que de la desgracia hizo Afra entre gemidos y desmayos, fué que Flora, cansada de nadar y sin fuerzas, gritó «me ahogo»; que ella, Afra, al oírlo, se arrojó á sostenerla y salvarla; que Flora, al forcejear para no irse al fondo, arrastraba á Afra al abismo; pero que, aun así, hubiesen logrado quizás salir á tierra, si la fatalidad no les empuja hacia un trasatlántico fondeado en bahía desde por la mañana. Al chocar con la quilla, Flora se hizo la herida horrible, y Afra recibió también los arañazos y magulladuras que se notaban en sus manos y en su rostro...

«¿Que si creo que Afra...?

«Sólo añadiré que al marino, novio de Flora, no volvió á versele por aquí; y Afra, desde entonces, no ha sonreído nunca...

«Por lo demás, acuérdate de lo que dice la Sabiduría: el corazón del hombre... selva oscura. ¡Figúrate el de la mujer!»

Emilia PARDO BAZÁN.

VARIO

*Scriberis Vario fortis, et hostium
Victor, Maeonii carminis aliti...*
(Horacio—Odas. L. I. VI. Ad Agrippam.)

Lucio Vario, el poeta, bajaba por el *Clicus Capitolinus* muy de prisa, como dejándose llevar por su peso. Quien así le viera caminar pensaría que era hombre de negocios, algún *argentarius* que tal vez venía del templo de *Juno Moneta* que dejaba atrás á la izquierda, y sin detenerse á contemplar las solemnes estatuas de los doce dioses mayores, dorados, los *Dii Consentes*, junto á los que pasaba, se dirigía al templo de Saturno que á mano diestra se le presentaba con su imponente mole. Mas no lo miró siquiera el poeta, como no miró á los dioses y pasó adelante; nada tenían que ver con la preocupación que tan distraído le arrastraba cuesta abajo, ni las potencias olímpicas, ni los asuntos de la tesorería.

Enfrente, tras los muros de la cárcel *Tulliana*, el sol se escondía; y eso miraba Vario, bajando.—Moria el sol, y él se acordaba de Virgilio, aquel sol que se había puesto, allá, en Brindis, y que no volvería á salir de su sepulcro del Posilipo.

Tampoco reparó en *La Concordia*, que dejó á la izquierda, aunque miró á este lado; pero miró pensando en algo más lejano y más alto, en el *Tabulario* que se erguía en la ladera del Capitolio, midiéndose con el monte. En el *Tabulario* pensó porque algo tenía que ver con sus ideas. Una sonrisa amarga, irónica asomó á sus labios. Se detuvo. ¡El sol, el ocaso, Virgilio, el sepulcro, la gloria, el *Tabulario*, la eternidad, la nada! Todos estos pensamientos pasaron por su frente. Era el *Tabularium* depósito de archivos, precaución inútil de la soberbia romana para immortalizar lo pasajero, lo deleznable. «¡Archivar! ¡Guardar! ¿Para qué? ¿Dónde estaba el archivo de las almas? Se guardaba el papiro, se guardaban los *dypticos* (*duplios*), los *multiplices*, se guardaban *tabellae* y *pugillares*... llenábanse con ellos armarios y *nidi*... y el poeta á la sepultura. ¡Ah! en vano era todo el artificio y la pompa fúnebre en que representaban su papel *libitinarios*, *pollinctores*, *designatores tibicines* y *praefices*; en vano el aparato del *funus publicum*, de las *nocturnae*; porque todo ello había de acabar en el *capulo* ó en el *ustri-no*; el sarcófago ó la urna cineraria.—Y después... «*Moliter cubent ossa*... buenas palabras... y el olvido.»

«El olvido! ¿El olvido también para el poeta? ¿Habrían hecho mal Tucca y él en desobedecer el mandato del poeta muerto que pedía para su poema la hoguera, mientras ellos lo conservaban intacto para la inmortalidad?»

Corría Setiembre, el mes en que pocos años antes habían enterrado á Virgilio... y Roma, la Roma del *Forum*, del *Comitium*, la que bullía al pie de *Janus Bifrons*, la de banqueros y negociantes, que olvidaban las *Tres Parcas* vecinas y se entregaban al agio con ardores dignos de la eternidad, no pensaba ya, ciertamente, en el cantor de Eneas. Alrededor de los Janos, *qui sunt in regione Basilicae Pauli*, las abejas interesadas del negocio zumbaban rozándose con Vario, sin verle. «Estaba vivo y ya no le veían!»

Siguió adelante, y dió con su cuerpo, como si anduviese por máquina, llevado por el hábito, en el *Janus Vicus*, y se encontró sin querer entre los suyos, en el vaivén de la vida literaria, en las tiendas de libros, donde, sentados ó de pie, discutían los aficionados de las letras, mientras iban y venían los *litterati*, los esclavos copistas, llevando bajo el brazo sus notas *lironianas*, *trypticos* y *polypticos*, mostrando algunos todavía las manos manchadas del *atrementum librarium* en que mojaban el cálamo.

Vario, entre los suyos, sintió una invencible repugnancia. La vida efímera y apasionada de las letras le daba en aquel momento horror. Juicios falsos, gustos nuevos, envidia, rencores, todo eso se revolvía allí con la febril ansiedad de lo pasajero; figurábasele una lucha mortal y cruel á la luz de un relámpago. Relámpago era la vida, y aprovechaba su luz la pasión para herir, para saciarse matando el bien ageno. Entre la multitud de rollos, brillando á los últimos rayos del sol poniente, *cornua* y *umbilici* de lujosos volúmenes, vió los rótulos de las obras del amigo muerto... *Eglogas*, *Geórgicas*, *Eneida*; y vió también allí los propios hijos, los de su ingenio, entre ellos el *Panegírico de Augusto* y su famosa tragedia *Thyestes*.—Pero estaban en los estantes, en los *nidi*, como enterrados en vida. Sintió un escalofrío; se le antojaron sus obras metidas en los nichos del librero, cosas muertas ya, de su propio ser, algo de su alma enterrado. El pergamino, el papiro, las tablas enceradas morían también. En la librería estaban de cuerpo presente; después en las bibliotecas tenían su sarcófago. El *Tabularium* ¿qué era más que un panteón?

Sin hablar con nadie, desdeñando la locuela de parásitos y poetas neófitos que le sonreían y saludaban, tomó por la *Via Sacra*, á la derecha, dejó á la izquierda la *Basilica Porcia*, y parándose, vuelta la espalda á la *Curia Hostilia*, contempló en silencio y con desprecio el Foro que tenía enfrente; el Foro, también callado á tales horas, pero ante su imaginación todavía hirviente con el rumor de los espumarajos de la calumnia y la mentira... Allí la retórica se empleaba en el mal, en el daño, más francamente que en el libro. Los *Rostros*, desiertos, parecían restos de un naufragio en el mar de las pasiones curiales y políticas.—¡Cuánta ira, cuánto engaño había brotado de allí... y cuánta sangre!—Ultimamente la sangre de César. ¡César, su héroe, el de su poema! Como para salvar aquella imagen, para que no se la matasen allí, para que no le ahogasen la fantasía y el corazón aquellas imaginarias emanaciones de sangre y odio que le parecía sentir exhalándose del Foro, Vario huyó, buscando aire más puro, y subió la cuesta del Palatino, dejando á la siniestra mano el templo que habitaran las Vestales.

Pero no se ahogaba sólo en el Foro; se ahogaba en toda Roma; por su espíritu pasaban ráfagas, como venidas de Oriente, de aquellas que sentimos que á veces mueven, como la brisa las mieses, los versos de Virgilio; ráfagas de ideal anhelo, de piadosa contemplación de lo futuro. Él, Vario, el poeta de los terribles festines de los Pelópidas, el complaciente cortesano cantor de Augusto, sentía como una esclavitud su vida romana; y sin saber lo que era, buscaba un más allá, algo nuevo, más puro, más libre, más noble; y debía de estar allí hacia el Oriente. También el dulce amigo, el cisne mantuano había sentido, al llegar la muerte escondida, el ansia de volver los ojos á Oriente, de atravesar el mar, de tocar el suelo de aquella Grecia maestra de las almas.

«¡Al mar! ¡al mar oriental!» se dijo Vario. Y en un instante trazó en su mente el itinerario del viaje improvisado. Primero á Nápoles, á despedirse de la sepultura del Posilipo; después á Brindis... y de allí á las ondas, á surcar en la *Navis Liborna* las aguas immortalizadas por Virgilio y por Homero.

Al día siguiente, de madrugada, Vario salía de Roma, y dejando á la izquierda, lejos, el Esquilino, y más cerca, á la derecha, el Palatino y el Celio, comenzó á atravesar el Lacio, la tierra del dios escondido, á lo largo de la *Via Campaniense*.

Llegó á Parténope, visitó el sepulcro de Virgilio, meditó sobre aquellas piedras, y á los pocos días emprendió el camino de Brindis; pasó por Venosia, patria del mayor poeta vivo, cruzó la antigua misteriosa tierra de los Yapi-gios, tal vez hijos del Oriente, y entró en el pueblo donde el llorado poeta había visto por última vez la luz. Una angosta nave *oneraria* le recogió en el puerto de Brindis; y, no sin cierta pena, dejó la tierra de Italia que salía como á despedirle, con las islas artificiales del puerto, coronadas de templos, árboles y estatuas, rodeadas de altos muros, y extendiendo mar adentro un dique de esbeltos arcos, bajo cuyas bóvedas jugaba la luz con la sombra de las aguas bulliciosas.

En pie, sobre el puente, Vario, á solas, contemplaba en el horizonte la línea brumosa que señalaba la tierra. Al Norte la costa de Iliria, más abajo Epiro. En aquella dirección, tras de las alturas *molóscas*, adivinaba el Pindo. Caía la tarde cuando, ya á la espalda las costas de Corcira, la nave llegaba frente al promontorio de la Quimera. Vario, á la luz del Poniente, escribía con rápido estilo, rasgando sin ruido la tenue capa de cera del pulimentado abeto. La cercana tierra sagrada de las Musas le infundía una inspiración febril; quería aprovechar la ráfaga, abriendo las velas de la fantasía al soplo de los ensueños poéticos... pero, trabajaba en un poema en cuyo título se leía esta palabra: *Muerte*. La nave volaba ¡oh fatalidad simbólica! con la proa dirigida á la embocadura del Aqueronte, que, muy cercano, dejaba al mar el tributo de sus fatídicas aguas. ¡Enfrente el Aqueronte, el río de los muertos, más cerca, á babor, la Quimera!...

No creía Vario en la mitología que llenaba de nombres y de imágenes sus versos; pero, si no como filósofo, como artista, en su fantasía y en su corazón era pagano. Era además, de cierta manera, supersticioso, vagamente, burlándose, en principio, de la superstición, pero débil ante ella, como ante un vicio de la inteligencia. Había presenciado el festín en que Augusto, á pesar del celo con que procuraba restaurar la religión oficial, el frío culto romano, había parodiado los banquetes de los doce dioses mayores. Había sonreído oyendo á Horacio decir: «Que crea en todo eso el judío Apele, bien está; pero yo sé á qué atenerme respecto de los dioses.»—Él, como Roma entera, seguía la tendencia que se suele notar en Occidente cuando la religión propia decae, cuando reinan el escepticismo y las negaciones: una reacción oriental. El misticismo teosófico, las extrañas creencias de los misterios y magias de Oriente, llenaban los espíritus que abandonaban al olvido los dioses penates y el culto de Vesta, que ya no encontraba sacerdotisa.—No creía Vario en nada positivamente, pero cualquier prestigio, una alucinación, una superchería, encontrarían su razón débil y docil al encanto.

«Augusto mismo, que persigue á Mithras y á Cibeles, á Isis y Serapis, teme el rayo y el vuelo del águila, y calza, por precaución, primero el pie derecho que el izquierdo. Y Augusto es dios. ¿Qué hará Vario, su sacerdote, su poeta?»

«La Quimera estaba enfrente; Grecia era la cercana orilla; el Aqueronte mezclaba á las ondas que surcaba la nave liborna sus propias aguas tristes, unidas antes á las del Coccyto... ¿Qué más? Todo era símbolo de muerte, de ultratumba, de las sombras de allá abajo. Él, Vario, venía de *Parténope* y había pasado cerca del *Averno*, el lago funesto que no cruzaban las aves, y á cuya orilla habitaba en su caverna la sibila de Cumas.»

Todo era prestigio, signo siniestro; todo hablaba de

muerte. Y Vario recordó el origen de su viaje; aquel mal humor que le había sobrecogido al bajar por el *Clivus Capitolinus* y que le había hecho aborrecer la vida efímera, bulliciosa, por breve y sin sustancia, y huir de Roma. Y aun le duraba el ansia de inmortalidad, el anhelo de idealidad eterna.

Sus versos, que hablaban de la muerte también, iban arando la cera con paso bien medido del estilo silencioso y sutil... De pronto, como sintiendo sobre el cráneo el peso magnético de miradas intensas, alzó la cabeza Vario, y vió enfrente de sí... las Sirenas de Ulises. Las mujeres aladas, ninfas tristes, de voz suave, divinidades de rapiña, almas de buitre en rostros de hermosura siniestra, macilenta en su escultórica corrección de facciones. Rodeaban las sirenas la nave y, arrastrando las alas sobre las olas, segulan su marcha. Dormía la tripulación; Vario, á solas con el encanto, los oídos abiertos, las manos sin ligadura, oyó el canto de las sirenas que le llamaban á la muerte.

Y dijo una:

«Yo soy Parténope, la sirena que se precipitó al mar por no poder atraer con sus cánticos á Ulises; y fui á parar á Italia, cerca de Nápoles, que tomó de mí su nombre. Desde allí te sigo; tú atravesaste el Apenino para embarcarte en Brindis, yo pasé entre Seylla y Caribdis para salirte al encuentro, y sigo con mis compañeras, con este coro, la estela de tu nave.

«Lucio Vario ¿por qué trabajas en vano? Trabajas para la muerte, trabajas para el olvido. Deja el arte, deja la vida; muere. Oye tu destino, el de tu alma, el de tus versos.

«Serás olvidado; se perderán tus libros. Tu suerte será la de tantos otros genios sublimes de ésta que llamará pronto la *antigüedad*, el mundo.

«Dentro de poco, un solo pedante pretenderá saber todo lo que supo, todo lo que soñó y pensó la *antigüedad clásica*. Llamarán lo *clásico* á lo escogido por la suerte para salvarlo del naufragio universal... por algún tiempo. Tú no serás grande para la posteridad porque se perderán tus obras; los ratones, la humedad, la barbarie de los siglos, otros cien elementos semejantes, serán tus críticos, tus Zoilos; acabarán contigo; y la pereza del mundo tendrá una buena disculpa para no admirarte; no conocerte. En vano hoy la fama lleva tu nombre á las nubes; en vano Virgilio te admira y lo dice: su testimonio se atribuirá á la amistad y á la dulzura; en vano Horacio hablará de tu vuelo aquilino por la región de la poesía épica; los pedantes del porvenir dirán que alabándote á ti agradaban á Augusto, de quien fuiste el Homero cortesano; nada te servirá que dentro de pocos años un hombre severo, noble, que se llamará Tácito, elogie tu famoso *Thyestes*: la posteridad no creará en tí, no sabrá de tí. Pertececes al naufragio.

«Como tú, cientos y cientos de ingenios ilustres de esta tierra griega que buscas, y de esa tierra itálica que dejas, perecerán por el fuego, por la dispersión, por el polvo, por la sangre, por la barbarie y la ruina. Llegarán tiempos de escasez para el papiro egipcio, las *membranas* serán caras, faltará superficie duradera en qué escribir, y sobre las mismas páginas que contienen las lecciones de vuestra sabiduría, vuestros ideales, vuestros sueños, vendrán otros hombres á escribir otra ciencia y otros errores, otros sueños, otras supersticiones, otras esperanzas, otros lamentos.

«Con tu tragedia de *Thyestes* naufragarán las de trescientos cincuenta trágicos griegos, y la humanidad sólo encontrará tres grandes trágicos en Grecia, y aun de éstos perecerá casi todo lo que dejaron. De los seiscientos historiadores helénicos quedarán bien pocos. Y en tu tierra, la misma suerte. Contigo perecerán Galo, Polión, Calvo; y los venerables antecesores Ennio y Mevio; y Cinna y Varrón de Narbona y todo el coro de la tragedia latina...

«Todavía ayer, en Roma, contemplabas el *Tabularium* con envidia... ¡Los archivos! ellos perecerán. ¡Serán polvo; después al aire, á la nada! Visitaste el *Vicus sandalarius*, refugio de libros nuevos y viejos... el *Vicus* y los libros serán ruina, polvo, viento. En vano habrá sido el afán de Pomponio Atico por acaparar copias y volúmenes. En vano crecerá este prurito de almacenar libros; en lo futuro un Sammónico Sereno ¡cuán ufano se mostrará con su biblioteca de sesenta mil tomos! Roma llegará á tener veintinueve bibliotecas públicas... Un poco del polvo del desierto que se detiene un punto á engañar á la vanidad y á la curiosidad humanas con formas caprichosas, como la de las nubes pasajeras; volverá á soplar el viento del olvido y el polvo volverá á correr por el desierto.—Vario, adelántate á la muerte; se tú el olvido. No escribas, muere.»

«Muere, muere, no escribas, repitió el coro de las sirenas.» Vario se estremeció; paso una mano por los ojos; sacudió el delirio; bebió con ansia el aliento de la brisa del Sur, fresca de la tarde, y á la última luz del cre-

púsculo siguió trazando sus versos; arando la cera con el estilo silencioso y sutil que caminaba con medida. Creyó en la profecía de Parténope, sintió sus versos hundidos en la nada del olvido... pero la inspiración siguió alumbrando su cerebro, más fuerte, más libre.

Vario respiró con fuerza; su alma sacudía una cadena que caía rota á los pies del viajero; la cadena del tiempo, de la gloria, la cadena del vil interés egoísta.

«¡Ah! todo era polvo, le decían los hexámetros de Vario á la muerte; todo era nada, todo pasaba, todo caía en el olvido... pero la brisa era saludable, y graciosamente animaba el espíritu y empujaba la nave; el metro rítmico refrigeraba el alma; el sol del ocaso era sublime en sus tristezas de grana y oro; los colores del mar y de los mármoles de las islas encanto de los ojos; la paz de los límpidos cielos parecía una música sin estrépito—y Vario, á quien el mundo no conocería mientras vivía, era poeta.»

CLARÍN

Chispas

Á la Sociedad de Excursionistas

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE SU FUNDACIÓN

No soy de la Sociedad
y vive Dios que lo siento,
pero se opone mi edad,
que huye de la actividad
y busca el recogimiento.
Envidio vuestra afición;
viajar en alegre unión
refrescando la memoria
ya con olvidada historia,
ya con vieja tradición;
del templo roto y vacío
escudriñar los rincones,
y en algún claustro sombrío
pedir al sepulcro frío
recuerdos ó inspiraciones,
empresa es tan de mi gusto
que acaso la acometiera
si el tiempo, conmigo adusto,
de espíritu me tuviera
como de cuerpo, robusto.
Muchas sendas recorrí
incluyendo la de espinas;
entre las ruinas crecí;
hoy me basta con las ruinas
que llevo dentro de mí.
Ya en viajar tengo reparo,
y la pereza me absuelve
cuando tras ella me amparo,
que cualquier camino es caro,
sobre todo si se vuelve.
De la vida el oleaje
se encrespa á más no poder,
y para el eterno viaje
es de cuerdos el tener
preparado el equipaje.
Mirad, pues, si con razón
me affijo al veros partir
de excursión en excursión,
yo, que pasé sin dormir
tres semanas de un tirón,
y que ausente del hogar
renombré supe ganar
por atrevido y despierto,
en poblado y en desierto,
en la tierra y en el mar.
¡Ay del que quiere y no puede!
pues lo contrario os sucede
¡adelante, y ¡viva España!
mi voluntad os precede;
mi cariño os acompaña!

Manuel del PALACIO.

EN EL BANQUILLO

«... Teniendo, pues, en cuenta que, como se ha demostrado palpablemente, la víctima no tuvo tiempo siquiera para volver la cabeza en el momento de la agresión; probado asimismo que era completamente desconocida para el agresor, y que no se puede apreciar la atenuante de embriaguez no habitual por las razones antedichas, el ministerio público considera los hechos como constitutivos del delito de asesinato, previsto y castigado en el Có-

EN RECOLETO



Ayuntamiento de Madrid

Una tarde de Marzo

Recoletos viene á ser como un compendio ó resumen de la vida madrileña; y el *round point* en que todavía y contra todas las leyes estéticas, navega la Cibeles arrastrada por dos leones, es, seguramente, uno de los lugares más curiosos del Madrid modernísimo.

El artista ha tenido el acierto de fijar por el dibujo precisamente una de estas tibias tardes de Marzo en que mayor carácter tiene aquello que todavía no sabemos si se llama plaza de Madrid, *era de Bosch* ó cuál otra cosa.

Madrid va despertando del sueño del invierno que durante cinco meses ha estado enviando pulmonías sobre la villa; en el bosque tupido del Retiro y en las acacias que bordean á Recoletos van hinchándose los brotes nue-

vos prometiendo la hoja para muy pronto; por la calle de Alcalá baja la mitad del censo madrileño esponjándose al sol que desciende arrancando haces de reflejos dorados de la cupulilla *rococó* que corona el edificio de la Equitativa; hacia el paseo de carruajes del Retiro se dirigen los coches particulares de los grandes y los alquilados de los pequeños; el ambiente convida á respirar el oxígeno tasado dentro del abogado caserío... ahí está la primavera, ó por lo menos los risueños anuncios de ella en el vigor de los renuevos de las plantas, en el cielo azulado y limpio, en el ansia de vivir que por todas partes se aspira y palpita.

Las mujeres son, como siempre, las más valientes, y olvidan que el invierno—ese invierno madrileño lleno de

emboscadas y sorpresas—sigue acechando en las gargantas del Guadarrama. Asoman los trajes claros y las *toilettes pimpantes* (que diría un cronista de salones cursi-galicista), pero el sexo fuerte se *reserva* y no llega más que á bajar el cuello del gabán; allí está lo más granado de su representación, en la esquina del pabellón de Guerra, pasando revista mortífera á las buenas mozas que pasean, y dejando luto en muchos corazones: que luego, en casa, en el secreto de la conversación con la amiga del tercero, recuerdan á aquel moreno de la caída de ojos ó á aquel rubio que llevaba al cuello un pañuelo de seda tan bonito, tan bonito... ¡Ay, hija!

Recoletos recoge la herencia del pinar de las de Gómez en esta fuga del centro de Madrid hacia el Este, la

cho grato que pueden comprobar los contemporáneos en cualquiera de estas tardes de Marzo y en este sitio que congrega á la crema batida de nuestros peligrosos Tenorios. El sitio, pues, cambia, pero la institución no muere.

Bueno es, por consiguiente, que quede en estas páginas el recuerdo gráfico de este rincón de Madrid, antes de que el Municipio vuelva en sí y comprenda la urgencia de trasformar aquello, llevando la Cibeles adonde su triste destino la tenga reservado sitio, y poniendo en el centro de la plaza algo que, por dejarse al gusto artístico del Municipio, será un adelfio si Júpiter no lo remedia.

LA CRISIS



Si me vuelvo, la grito número uno. Si doy un paso... ya ven ustedes cómo está el alambre. Para crisis, esta de ahora.

Ayuntamiento de Madrid

digo, capítulo tal, artículos tales y cuales, y pide para el procesado la pena de muerte... »

—Levántese el acusado. ¿Cómo se llama Ud.?

—Aniceto Mochales.

—¿Edad?

—Treinta y seis años.

—¿Profesión?

—Cerrajero.

—¿Estado?

—¿Qué quiere decir usía con eso?

—Que si es Ud. soltero, casado ó viudo...

—Ah! pues... casado, vamos al decir, porque viene á ser lo mismo.

—¿Qué tiene Ud. que añadir respecto al hecho de autos?

—Pues... nada; yo lo he dicho en las declaraciones. Que sí, que he sido yo el que dió la puñalada por la espalda al marqués de Valdepáramo.

—¿A qué móviles obedeció para cometer el crimen?

—¿Móviles? ¡Ah; sí! ya entiendo. Pues... en defensa propia.

—El acusado desconoce el valor de las palabras. ¿Cómo pudo obrar en defensa propia si, según las declaraciones de los testigos presenciales y su confesión misma, atacó de repente, á traición y sin dejar tiempo al señor marqués para darse cuenta del ataque? Además, la posición del cadáver indicaba claramente que no hubo lucha, puesto que conservaba el gabán de pieles abotonado hasta los ojos, las manos en los bolsillos y en la derecha la empuñadura de un bastón de junco, única arma que llevaba el interfecto.

—Bueno... pues... yo sé lo que me digo. Fué en defensa propia.

—Vamos á ver: ¿usted conocía al señor marqués de Valdepáramo?

—No, señor; ni le conocí tampoco entonces, porque los guardias y la gente se me echaron encima y no me dejaron verle la cara.

—¿Alguna persona, que pudiera tener interés en la desaparición del señor marqués, hizo á Ud. indicaciones para que cometiera el crimen?

—Nadie, no, señor. Y aunque me las hubieran hecho...

—¿Dónde había Ud. pasado la noche anterior?

—En mi casa.

—¿Y no había Ud. bebido?

—Sí, señor; una copa de aguardiente, como tenía por costumbre todas las mañanas al ir á mi trabajo.

—Y le había trastornado á Ud. la copa.

—¡Cá! no señor; á mí no me trastorna una botella.

—Entonces... ¿se irritó Ud. tal vez ante el espectáculo de la salida del baile; sintió Ud. indignación contra aquella multitud elegante que desfilaba en lujosos coches ó envuelta en cómodos abrigos, mientras Ud. iba de madrugada al taller tiritando de frío y tal vez con hambre!...

¿Es Ud. anarquista?

—No, señor.

—¿Lee usted con frecuencia periódicos enemigos del orden social?

—Tampoco; no me queda tiempo.

—Pues ¿qué fué lo que le indujo á matar á un hombre á quien no conocía?

—Ya lo he dicho antes. Fué... en defensa propia.

—No se encierre el acusado en esa disculpa, porque debe convencerse de que es inútil. La navaja que le sirvió para la comisión del delito ¿es la que usa habitualmente?

—No señor; yo no uso navaja. Aquella la había comprado un mes antes.

—¿Con qué objeto?

—Con el de matar á alguno.

—¿Al señor marqués?

—O á otro.

—Es decir, que Ud. había decidido un mes antes matar á un hombre, á cualquiera, fuese el que fuese.

—No; eso no.

—Entonces...

—¡Vaya! no me urge más usía, porque no he de decir una palabra. Ya sabe usía lo bastante. Que fuí yo el que lo hizo, y á traición, y con un arma que había comprado para eso... En ese papel que ha leído el señor hace poco está todo bien claro, y esa es la verdad, y está bien pedida la muerte.

—Reflexione el acusado que se perjudica notablemente con ese sistema.

—¿Qué me he de perjudicar! ¿No soy yo el primero en decir que está bien que me maten?

—Pero el tribunal no puede, ni debe fiarse de la declaración del acusado. Necesita apoyar su sentencia en fundadas razones, y no es verosímil que Ud. matara por el solo gusto de matar, sin motivo alguno que le impulsara al asesinato.

—¡Claro que no!

—El maestro y los compañeros han testificado que us-

ted ha sido siempre un obrero honrado y laborioso, que no frecuentaba las tabernas, que no disputaba con nadie, y á quien no se ha achacado jamás la más mínima falta... ¿Llora usted?

—Es sin querer, créalo usía; es que al hombre á lo mejor se le saltan las lágrimas...

—Eso prueba que...

—¡Pues sí, señor! ¡Lo diré, ea, porque si no esto no se va á acabar nunca! ¡Sí, señor! Tenía motivos para hacer aquella barbaridad. ¡Muchísimos motivos!

—¿Cuáles?

—Verá usía. Yo estaba casado... casado no, pero como si lo estuviera para el caso, con la Josefilla; que la conocí de criada en la calle del Mesón de Paredes, un día que me mandó el maestro á descerrajar una puerta porque se había perdido ó no se había perdido la llave... Y me gustó, y se lo dije; y yo la gusté á ella, y me lo dijo también; y total que un día nos fuimos á vivir juntos, y yo puse una casa en la calle del Ave María que parecía materialmente los chorros del oro. Como á lo mejor en estas y las otras vienen los hijos, pues... nosotros pensamos que había que ganar un poquito más por si venían, y empeña por aquí, quitatelo de la boca por allá y sisa por todas partes, juntamos para poner un puesto de agua en el Prado y pagar las licencias esas del Ayuntamiento... que así hubiéramos reventado todos antes.

—Siga usted.

—Con el puesto nos iba divinamente, porque la Josefilla tenía angel para todo el mundo, y había día que se sacaba quince pesetas limpias de polvo y paja. Bueno, pues... yo caía por allí algunas tardes al salir del trabajo, y ¡la verdad! me repudría un poco la sangre porque tenía que aguantar algunas cosas. Pero la Josefa me convencía luego de que era un tonto, porque las bromas de los señoritos no habían de pasar á mayores, y todo aquello había que dejarlo hacer para conservar la parroquia. Bueno, pues una tarde...

—Siga, siga.

—Una tarde me encontré el puesto vacío. ¡Crea usía que aquello fué como un tiro en mitad del pecho! Al pronto me figuré que á la Josefa le había pasado algo; fuí al juzgado de guardia, á las casas de socorro, ¡hasta creo que pregunté en todas las casas de Madrid, una por una! No pareció por ninguna parte. Un día se me pasó por la imaginación una cosa que fué como si me alumbraran de repente el pensamiento. Aquel día compré la navaja que tienen ustedes ahí, encima de la mesa. Lo demás ya lo sabe usía.

—¿Qué es lo demás?

—Pues nada; que iba yo, como siempre, á las siete de la mañana por la calle de Carlos III y salía la gente del Real. Entre todos aquellos coches, y aquellas máscaras, y aquellos señoritos que gritaban y reían á carcajadas, ví á la Josefa. ¡A la misma Josefa, del brazo de un señorón con gabán de pieles! Ella me rozó con el brazo al pasar, y me conocí en seguida. Se puso más blanca que el papel y pasó de largo. Yo, en el primer pronto, me quedé como si me hubiesen clavado en el suelo; después se me subió toda la sangre á la cabeza; me acordé de la cerradura de la calle del Mesón de Paredes, de nuestro piso de la calle del Ave María, de aquel trabajar desesperado para poner el puesto... y eché mano á la herramienta.

—Adelante.

—Cogi por el pescuezo al hombre que me la había refregado por las barbas, y le hundí la navaja hasta la empuñadura. La Josefilla vió todo aquello con ojos de loca, sin ánimos para gritar, como sí, sobrecogida por el miedo y el susto, se hubiera quedado hecha una piedra. Y no pasó más.

—Y ¿por qué el acusado no se dirigió á su víctima de frente, pidiendo explicaciones, provocándole de hombre á hombre?...

—Porque yo tenía ansia de quitarle la vida de cualquier modo.

—¡Por la espalda!

—¡Claro! ¿Vino él á robarme á Josefilla cara á cara?

Sinesio DELGADO.

MADRID

Como hecho digno de fijar la atención, debe colocar la crónica la designación del ministro de Fomento, D. Segismundo Moret, para el sillón vacante en la Academia Española.

En este mismo periódico protestó á su tiempo mi inseparable compañero *Cecial*, de la agresión que á los fueros de la literatura intentaba la Academia con esta elección absurda, aunque no más que otras precedentes, fundándose en que á su parecer no podía entrar en la casa del

buen decir quien pronuncia *anedocta*, argumento que tendría fuerza bastante si no se tratara de la Academia, maestra en lo de profesar absoluto desprecio á la opinión.

Otro cronista se percató poco después, y afirmó con mucha gracia, que el futuro académico pronuncia también *ivierno* por *invierno*, lo cual es ya un colmo, hasta para un ministro de la corona.

Pues bien, todos lo argumentado no ha hecho retroceder á la Academia, y el Sr. Moret—ese *Virgilio de la eloquencia*, como ha dicho un académico con impagable guasa—sustituirá al gran Barbieri en virtud de este acuerdo: —La Academia se compromete á elegir á quien fuere ministro cuando se acabe el nuevo edificio que construye.

Con este acuerdo, tomado en colaboración con el azar, y digno de una Academia de Monomotapa, pudo resultar elegido un político bolonio, y aunque el Sr. Moret no lo es, convendremos en que pudo suceder, y en que de todos modos pronuncia *anedocta* é *ivierno*, lo cual—aparte la absoluta carencia de méritos literarios—le inhabilita para entrar en la Academia, por lo menos hasta que con un ejercicio lingual apropiado, consiga pronunciar aquellas palabras como mandan Dios y la propia Academia que va á elegirle por la abrumadora razón de ser valiente la española infantería.

Pero... hay más todavía. Lleva la Academia su encomimiento de hombros ante el qué dirá la opinión, que tiene ya su candidato para la primera vacante que ocurra, y yo—ya que no me sea posible torcer el curso desatinado de las cosas—cumpla un alto deber de patriotismo literario denunciando estos desafueros. El candidato *in pectore* es una persona que yo reconozco dignísima y merecedora de todo género de honores, pero que en conciencia no puede ir á la Academia Española por méritos literarios; esta persona es el señor conde de la Viñaza, nombre absolutamente desconocido en las letras.

Ya sé que los académicos se enfadarán por esto que ellos llamarán indiscreción, como se han enfadado con *Cavia* y *Cecial* por lo de la *anedocta* y el *ivierno*, pero ¿tiene nadie la culpa de que la Academia, mejor dicho, la parte de ella que mangonea en esto é impone su voluntad, tome ciertos rumbos? ¿Cree la Academia que es una institución libre de la justa censura de la opinión que está por cima de ella?

No pueda pasar sin enérgica protesta que peramos la esperanza de que entren en la Academia, Sellés por no sé cuál razón, *Clarín* porque no es vecino de Madrid, y porque ha puesto en solfa á los académicos ebenes; *Pereda*, el gran *Pereda*, porque vive en Santander... etc.; y que reciban aquella suprema consagración de valia *literaria* el Sr. Moret por ser ministro ahora, y otros que están dentro, más algunos que entrarán, porque así se le antoja al grupo que ha hecho de la Academia una especie de *Casino de la Amistad* de Navalhueva de Abajo.

El partido de los duques en la Academia francesa es menos tiránico que este otro partido de los duques de la nuestra, que bien pudiera llamarse el partido del *visconde* si desea denominación aristocrática. El partido de los duques no quiere á Zola, y antes que á él elige á Loti, á Thurea-Daugin, á Brunetiere y á Heredia, pero el partido del vizconde hace algo peor que excluir sistemáticamente á una alta personalidad literaria, y es llenar los huecos con otros huecos, cosa que parecería imposible si no lo estuviéramos viendo.

Y no vale encogerse de hombros, señores académicos por derecho propio que vais á remolque de aquel grupo y prestáis á esta serie de elecciones injustificadas la complicidad mansa del *laissez faire, laissez passer*, porque para algo más que para revisar papeleras del diccionario os ha enviado á la casi docta casa el sufragio de la opinión literaria, y ese algo no es otra cosa que la resistencia razonada y enérgica á abrir la mano para que asciendan á pontífices los que no deben pasar de monaguillos.

Si esto no se hace como debe hacerse, vale más que los académicos con méritos propios y fundados que hoy no pueden ó no quieren oponerse á esta invasión, se retiren del *Casino de la Amistad* de Navalhueva, llevándose el prestigio del habla castellana y la altura literaria que se va achicando de modo rápido en estos últimos tiempos.

Queda mucho por decir todavía sobre estos particulares académicos; esperemos á ver si es un hecho la elección del señor ministro de Fomento y si no es referencia inexacta la candidatura del señor conde de la Viñaza, y en estos casos y con la ayuda que solicito de mis excelentes amigos *Cecial* y *Cavia*, podremos emprender un curioso viaje á través del reglamento de la Academia y de las elecciones pasadas, presentes y futuras.

Federico URRECHA.

EL PRIMER DESENCANO

«P. D.—No se os vaya á olvidar que el 22 es la romería de la Magdalena. A ver si para entonces tenemos ya al chico con nosotros.»

Aquella romería de que hablaba mi tío es la más famosa de Valcejera, y el chico aludido era yo, enclenque personilla enjuta y pálida, de tímidos y embarazados modales, voz enronquecida y ojos grandes muy tristes y pensativos. Cierzo que la melancólica severidad esparcida por mi rostro decía bien con los triunfos del aula recogidos aquel mismo año en que terminé el bachillerato, y con mis prematuras tentativas de poeta.

Ni la apremiante postdata fué desatendida, ni mi aplicación quedó sin recompensa; así, una tarde de mediados de Julio me apeaba yo en el zaguán de la vetusta casa solariega de mis tíos, que no se saciaban de estrujarme emocionados.

Debía de ser sábado aquel día, porque al siguiente hicieronme levantar más temprano de lo que convenia al molimiento del viaje, y vestirme con lo mejorcito del baul; mi terno gris perla, y la corbata de raso celeste, y el sombrero de paja, para asistir á la misa mayor en aquel templo secular y augusto de Santa Maria, menos gótico que bizantino, y tan lleno de poesía y pilead con su amplia nave melodiosamente estremecida por los sonoros ecos del órgano y envuelta en las neblinas del incienso.

¡Vaya si fué larga y ceremoniosa la misa! Ni en la metropolitana creo se celebre con mayor pompa y lentitud. Pero, á pesar de la vivacidad de mis años, á mí me pareció muy corta, porque la hora y media que duró la pasé embebecido contemplando á una muchacha arrodillada cerca de mí. ¡Qué suaves sombras ésparcían sobre su airosa cabecita los madroños de la mantilla, haciendo resaltar la transparencia nacarada de su semblante, suavemente enrojecido hacia los pómulos por un carmin fresco y puro como el de las rosas de Mayo!

El pórtico es ancho y da al Mediodía, por lo que en aquella mañana de estío el sol le iluminaba alegremente penetrando en espléndidas oleadas de oro entre las columnas que sostienen los arcos festoneados con jaqueles y orlados de caprichosas figurillas. Allí, según costumbre, la juventud elegante de Valcejera presencía el desfile de las bellas devotas. Yo vi entre éstas cruzar á mi desconocida. La oscuridad de la nave no me había permitido hasta entonces apreciar la esbeltez de su cuerpo, acusando la delicadeza juvenil de la muchacha, de diez y siete abriles á lo sumo. Cruzó muy cerca, y aunque distraída, y sin fijarse seguramente, me miró. El devocionario forrado de terciopelo carmesí había atraído de tal modo las miradas durante la misa, y eran tan largos y tan oscuros sus párpados que no había podido examinar el color de sus ojos. Me miró y... ¡cielo santo! hasta el corazón sentí que me penetraban los rayos de aquellas pupilas en que me parecían confundirse las suaves entonaciones de los lirios y las violetas, junto con no sé qué irradiaciones de esmeralda.

Mientras en la cocina se acababan de tostar las ténues raldas de pan enrojecidas por el grasiento caldo, y en el comedor resonaba la loza y la cristalería, trémulo de emoción escribía yo un soneto que en mi candidez de poeta adolescente no hubiera trocado por el más enardecido del enamorado Petrarca. Porque no fué menor mi presunción, y porque ignoraba el nombre de mi desconocida, no vacilé en apropiarle desde luego el mismo de la idolatrada del vate de Valclusa, y al frente del soneto me deleité en trazar lentamente en caracteres grandes y lo más airosos que me fué posible: A LAURA.

A tan dichosos comienzos siguieron sucesos no menos felices. Aquella misma tarde fui con mis tíos á refrescar á casa del beneficiado, nuestro pariente. Como se reunió lo más distinguido de Valcejera, ella no podía faltar, y así pude saciarme contemplándola casi sin pestañar más de dos horas.

Acompañábale su padre, cincuentón enjuto y avinagrado, vestido de negro y con patillas blancas, tan corridas, que casi se le juntaban en la barba. Hablaba campanudo y solemne, y en la diestra enguantada de negro, que no se desnudó ni aun para remojar bizcochos en chocolate, oprimía el puño de oro de una caña de Indias con sendas borlas. Nadie le dirigía la palabra sin decirle señor juez, y cierto que, aun sin oír el apóstrofe, cualquiera como á tal le hubiese reconocido.

Aunque estuve toda la tarde comiéndomela con los ojos, no creo que ella se fijara en mi gran cosa, porque mi timidez no me permitía destacarme del grupo de muchachos en que hubie de confundirme voluntariamente. Además, parecía preocupada en mimar á un niño de siete á ocho años, de cabeza deformada y aspecto enfermizo, que á pesar de su fealdad repulsiva, bien mostraba en el parecido del conjunto que era su hermano. ¡Y qué antipático

co se me hizo el chicuelo con su pegajosa sobonería! No se apartaba de su vera, estrechando con familiaridad insultante aquella cintura que parecía se iba á quebrar con sus encontronazos y sacudimientos. Otras veces se limpiaba las manitas embadurnadas de dulces en la falda de color crema, y hasta se atrevía ¡oh profanación! á posarlas, el muy grosero, sobre aquella faz de marfil y claveles.

No pude dormir aquella noche. Toda me la pasé contemplando desde el balcón que daba sobre la huerta, la luna que subía lentamente por detrás de los álamos, reflejando una arista de plata en el fondo de la noria, cuyo artefacto se dibujaba confusamente como el perfil de un fantasma que extendía un brazo descarnado para señalar el paraje en que con incansable monotonía cuarreaban las ranas.

Intenté distraer el insomnio improvisando otro soneto y no pude. Los consonantes se negaban á mi memoria, llena exclusivamente de unas palabras que aquella tarde había oído pronunciar á mi Laura:—«No me gusta con mucha canela.»—Se refería al chocolate.

Con la tenacidad del enamorado, aunque con la ruborosa cautela del joven primerizo, paseé las cercanías de su casa, recatándome lo posible. Todo inútil, sólo al antipático cabezudo me encontraba. Yo no sé si el chicuelo, con malicia instintiva, pudo adivinar algo; de lo que no me cabe duda es de que con tantas idas y venidas le inspiré desconfianza y me tomó ojeriza. Como que una de las veces que le vi, sentado en el friso del balcón, con las piernas entre los hierros y los pies hacia fuera, mojando una paja en una jicarilla y soplando en ella hasta formar burbujas de jabón que soltaba en el espacio, volcó la jicara y me puso hecho una lástima el terno gris perla.

Más dichoso fui en la romería de la Magdalena. Está la ermita sobre un cerro muy empinado, y á la mitad de la cuesta mis tíos y yo nos tropezamos con Laura, que subía lentamente con otras jovencitas y el inseparable cabezota. La idea de emparejar con ella y tener que saludarla me hizo temblar y me encendió las mejillas; preferí hacerme el roncero y quedarme detrás cogiendo zarzamoras.

Unos escalones muy altos y pendientes, labrados con ladrillos, dan acceso á la plataforma sobre la que se eleva el santuario. Subían por ellos las muchachas, más ligeras que corzas, cuando acertó á soplar un viento desecado y traidor que hizo volar las faldas á una altura indiscreta. Aparté los ojos con rubor, mas no con tanta brevedad que no viera dos pies diminutos presos en botinas de pequeñez inverosímil, y la curvatura deliciosa de una pierna por media blanca aprisionada. ¡Ah! ¡no usaban las beldades de entonces los descomunales zapatos á la inglesa y las oscuras medias clericales que han dado en la gracia de ponerse ahora!

La imagen del piecécito, que diera envidia al de la misma *Ceneréntola*, se me grabó en la retina de tal modo que en todas partes le veía reproducido; y para que el alhelamiento y la obsesión fuesen más grandes, durante la fiesta religiosa no dejé de repetir por lo bajo, escuchándome á mi mismo, con indecible deleite:—«No me gusta con mucha canela.»

A las sombras de la robleda se volcaron las alforjas, después de misa, y se sangraron los zaques, se desmenuzaron tortillas y se disecaron pernilos. De corro á corro se cambiaban llaras y tasajos, y con las libaciones aumentóse la zambra y el regocijo; pero de pronto, más arriba del santuario, surgió un nubazo negro que parecía barrer el picacho azul de la cumbre, y se abrió después como inmenso abanico, estallando en truenos y disparando granizada. Cada cual se guareció como pudo, y nosotros nos acogimos á una tinada que había allí cerca.

Por fortuna, entraron también mi Laura y sus amigas con el odioso chico, que no se desasia del vestido de su hermana, y aun se arrimaba más que de costumbre, por lo amedrentado que le tenían los truenos. La tempestad pasó pronto, pero no la lluvia, oscureciéndose el cielo de manera que en el interior del cobertizo parecía ya de noche. Con el aburrimiento de la forzosa estancia, la poca luz y los vapores del vino y la comida, los más se amodorraron, y no pudiendo entretenerse en nada mejor, se dispusieron á dormir la siesta. Mi ídolo y sus amiguitas se acoplaron sobre un montón de heno suave y oloroso, y minutos después era yo el único que no dormía.

Más por castidad que por abrigo, se cubrieron las muchachas los pies con pintoresca nanta jerezana. ¡Oh! ¡y qué grupo tan interesante se entreveía, en la sombra misteriosa! Arrastrándome insensiblemente procuré acercarme cuanto pude sin ser visto ni sentido. Y llegué cerca, tan cerca, que casi á mi alcance contemplé el piecécito que me hechizó á la subida de la ermita. ¡Tentación irresistible! Me deslicé como un reptil, alargué la mano temblorosa y así el encanto que me fascinaba, oprimiéndole dulce y amorosamente. Pero bice más: incliné la cabeza y posé los labios en aquella botita imperceptible, indiscretamente asomada por bajo de los caireles de la manta.

Yo no sé el tiempo que trascurrió en aquel arrobamiento de oculta y disimulada adoración; sólo recuerdo que desde la puerta de la tinada, una voz gritó:—¡Lorenza, Lorenza!—y que la niña de mis sueños se levantó precipitadamente, sin que ¡maravilla extraña! el piecécito se moviera ni apartara de mis labios.

Me incorporé con el estómago removido. La botita ya había devorado á besos, era del aborrecible cabezota.

Y ella, ella, á quien había dedicado mi soneto con el nombre de Laura, se llamaba Lorenza.

Pero aun me faltaba otro más cruel y terrible desencano. Aquel hombre que la llamó desde la puerta, el mismo de las patillas blancas y el bastón con borlas, que mojaba los bizcochos en chocolate sin quitarse los guantes negros, no era su padre.

¡Horror, horror! Era su marido.

R. BLANCO ASENJO.

Alrededor del mundo

SUMARIO

El amor y las narices.—Constipado y enamoramiento.—Los que no tienen olfato.—Novelas, cartas y cuentas de hace 3000 años.—Los santos y las profesiones.—Médicos canonizados.—La «dicotomía».—Las modas femeninas que vienen.—La joya en triángulo.—Moscas y ricino.

El «courrier» del *Figaro* plantea algunas veces problemas muy raros. Ultimamente ha preguntado si debe considerarse el amor como una enfermedad; y un lector contesta en sentido afirmativo, añadiendo que el amor entra en el cuerpo por el mismo conducto que el constipado, es decir, por las narices.

Lo más grave es que apoya su afirmación en una teoría verdaderamente extraordinaria de un médico ruso. Creíamos todos con Platón, que el amor comienza por la vista; pero la autoridad de Platón en esta materia es muy discutible á juzgar por la clase de amor, tan incompleto, á que ha dado su nombre. El médico ruso declara que el amor comienza por el olfato y se robustece por él, lo cual nos aproxima á nuestros grandes amigos los perros. No cabe dudar, después de la explicación siguiente que hace el médico del czar Alejandro I.

«La mucosa nasal es la superficie de recepción y de conducción del amor; las impresiones recibidas, por sutiles, por fugaces y por inconscientes que sean, se localizan en el bulbo olfativo, el cual se convierte en centro conservador y propulsor de los actos reflejos característicos del amor.»

Ya se sabe: por la nariz lo mismo nos constipamos que nos enamoramos. A olfato fino, amor delicado; á nariz grande, grandes pasiones; hombre constipado, hombre indiferente. Si se quiere enamorar á una mujer no debe haber recurso tan soberano como impregnarse del perfume favorito... de su amante.

¿Y las personas totalmente desprovistas de olfato, caso más frecuente de lo que se cree? Esas, según el doctor, no saben ó no pueden amar.

*

Los diez mil papiros egipcios descubiertos en Fayoum y comprados por el archiduque Raniero, han sido ya descifrados en su casi totalidad. Están redactados en once lenguas distintas, abarcan un periodo de dos mil quinientos años, y como son en gran parte documentos privados, ilustran de una manera curiosísima la vida y las costumbres de los antiguos egipcios.

Véase la prueba: entre los papiros hay manuscritos de novelas, cuentas de sastres y hasta colecciones completas de cartas de amor, amén de porción de correspondencias comerciales, testamentos, escrituras de venta, recibos de inquilinato, etc.

De las cartas de amor hay una, escrita mil doscientos años antes de J. C., que es la más antigua que se conoce.

Precisamente hace poco ha sido hallada la cuenta más antigua de modista que poseemos los modernos. Está trazada en una tableta de arcilla hallada en el templo de Nipur, en Caldea, y con gran lujo de términos técnicos ininteligibles hoy día, hace relación de 92 vestidos y túnicas, de los cuales 14 estaban perfumados con mirra, álces y casia. La fecha de esta cuenta es, salvo error de algunos siglos, dos mil ochocientos años antes de J. C.

*

Una lista de santos, agrupados por profesiones, sería cosa curiosa; pero, según parece, no se ha hecho todavía por miedo á herir el amor propio de clases determinadas que resultarían sin representante en el santoral.

Los abogados, por ejemplo, no tienen más santo de la carrera que San Ibo. Aun así, cuenta una graciosa leyenda que se metió subrepticamente en el Paraíso, y exigió luego á San Pedro que le comunicase en forma y por medio de alguacil la orden de expulsión; como San Pedro no pudo hallar un alguacil en todo el cielo, allí se quedó San Ibo.

En cambio, los médicos tienen una porción de santos, según demuestra una piadosa monografía publicada hace poco por D. A. M. Fournier, religioso de Solesmes, benedictino paciente, como es fama lo son todos los de su orden, y que ha descubierto nada menos que 68 médicos canonizados.

En la lista figuran varias mujeres, lo cual prueba que las «doctoras» no son invención de nuestros días; un Papa, San Eusebio, y dos que merecieron el nombre de *anagyros* porque no cobraban nada á sus clientes. Segu-

amente que estos santos varones no descubrieron la *diotonomía*, palabra con que ha sido bautizada una combinación ingeniosa, aunque no muy delicada, que consiste en partir con el boticario el importe de las recetas, y que está muy en uso en nuestros días, al decir de las malas lenguas.

*

Hablé el lunes pasado de nuevas modas masculinas; toca la vez esta semana á las femeninas.

En los santuarios parisienses donde se elabora la moda, ó sea en los talleres de modistos célebres, la actividad es grande. Se prepara nada menos que un golpe de Estado. El género «sastre» quedará completamente destronado y no se le tolerará en ninguna prenda de mujer. Se volverá al estilo Luis XV, inspirándose en Watteau, pero con independencia y con modernismos. Las telas serán del género Pompadour, claras, con dibujos transparentes en color, ligeras, y con ellas se llevará mucho encaje crema, mucha gasa, mucho guipure y bastante bordado ligero. Los *paniers* imperarán de nuevo, pero más reducidos que como los pintan los artistas de la época.

Otra de las grandes innovaciones que se preparan será la restauración de la moda de llevar bastantes joyas, aun en paseo. Una de diamantes, en forma de triángulo, con dibujos en medio, es la que servirá de modelo favorito para hebilla de cinturón, broche de cuello y adorno de tocado.

Así lo anuncian los entendidos en París, y así lo repito yo que no me hago eco de sus profecías mas que cuando ocurren grandes sucesos, es decir, revoluciones.

*

«¡No más moscas!»—puede gritarse después de leer la noticia de que no ofrece grandes dificultades el cultivo del ricino en tiestos y dentro de las habitaciones.

Ignoro los prodigios que realizarían los jardineros, si á ello se dedicasen, para convertir al ricino en planta decorativa de salón. Pero en tanto llega el día de que contribuya al adorno de nuestras habitaciones, puede ayudar, y no poco, á nuestra comodidad en verano, principalmente en el campo.

Habitación donde hay un tiesto de ricino, es habitación libre de moscas; éstas huyen de la planta como alma que lleva el diablo.

WANDERER.

EN BROMA

Después de la asociación de jóvenes domésticos recientemente creada, se han iniciado otras asociaciones con fines más ó menos puros.

Algunos jóvenes mal alimentados tratan de fundar ahora una asociación, enemiga de las casas de huéspedes baratas, y al efecto están recogiendo firmas para dirigir una exposición al gobierno.

Desean, ante todo, que se les mejoren las camas, y que al ser presentado en la mesa un principio cualquiera, de carne ó pescado, se exhiba por la patrona correspondiente la certificación oportuna para que no pueda dudarse de la legitimidad del comestible.

Días pasados, un huésped de diez reales con principio, fué obsequiado por su pupilera con un cuarto de cordero en pepitoria, y más tarde supo que lo que él suponía cordero era un trozo de criatura muerta al nacer.

La asociación que ahora se trata de fundar dará por resultado el exterminio de muchas «Doñas Robustianas», que se titulan viudas de brigadieres y se dedican á matar hijos de familia por medio de una alimentación deficiente y adulterada.

El Siglo Médico nos hace saber todas las semanas que el peligro crece y que los cambios atmosféricos producen perturbaciones en el aparato respiratorio.

De manera que no vive uno tranquilo y á cada paso cree ver el fantasma terrible de la muerte.

Más terribles aún que las predicciones de *El Siglo Médico* son los aficionados á la medicina, que andan sembrando el pánico entre los amigos.

—Usted está malo porque quiere—dicen siempre que alguno se queja.—Tómese Ud. un purgante enérgico.

—Ha dicho el doctor que los purgantes me perjudican.

—¿Qué saben los médicos? En mi casa no entra ninguno, gracias á Dios. Tres mujeres he tenido y á las tres las asistí yo solito. Cuando se inventó la dosimetría compré un Manual y una caja grande de medicamentos. ¡Usted no sabe las cosas que hice yo desde entonces!

En cuanto se me pone malo alguno de mis chicos, le atizo la medicina y se acabó.

—¿El chico?

—Quiero decir que me basto y me sobro para asistir á las personas de mi familia.

—¿Y son ustedes muchos en casa?

—Pocos, desgraciadamente. ¡Llevo perdidos siete varones y cinco hembras!

Desde que ha mejorado el tiempo aumenta considerablemente el número de cazadores.

Hay una grandísima afición á estos placeres del monte que transforman á los chicos elegantes en facinerosos, y convierten en osos naturales á los ancianos más circunspectos.

Basta situarse en la estación del Norte, á la salida del tren corto, para comprender adonde puede conducir el fervor cinegético de ciertos seres, y de cuántas cosas es capaz el hombre con tal de traer-se un par de conejos para su casa.

Cornimensura científica ó la suerte suprema en inglés.



—Declare la medida.
—Cuarenta centímetros.



—Apunte...



—¡Fuega



—¡Pum!



El campo de batalla: en primer término el propietario de clarante y el sabio medidor sobre la madre tierra; en el fondo el ayudante, que se puso fuera de cacho, meditando en los peligros de citar á recibir sin cursar antes en la Tauromáquica de Sevilla.

Personas respetables que no osarían presentarse en público sin la correcta levita y el intachable sombrero de copa, aparecen en la estación en calidad de espantajos, cubriendo la cabeza con sombreros que parecen palanganas y ocultando sus pies en zapatos horribles del tamaño de las carteras de viaje.

¿Quién podría reconocer en aquellos seres, vestidos de pana, que luchan con los perros y soportan á duras penas el peso de los morrales, al severo magistrado, al grave senador del reino ó al aguerrido teniente general de los ejércitos?

En la estación encontramos la otra tarde á D. Celedonio, exconsejero de la Corona, que iba vestido de mamarracho en compañía de una perdiz y un perro que tenía su misma cara, tanto que estuvimos por preguntarle si era pariente suyo.

—En cuanto huelo el tomillo soy otro hombre—nos decía alegremente—¡Oh, la caza! ¡No hay placer mayor!

—Suele producir accidentes desgraciados.

—¡Quién! Yo no he presenciado en toda mi vida de cazador mas que tres desgracias: una vez le solté un tiro á un pastor creyendo que era una liebre; otra vez pegué fuego á una era y se quemaron hasta las mulas, y otra vez me metí entre los trigos persiguiendo una codorniz, y los perros, confundíendome con un ciervo, me destrozaron casi toda la rabadilla; pero créame Ud., no hay ejercicio más agradable que el de la caza ¡ni más sano!...

Anuncio colocado á la puerta de una prendería:

«Se vende un catre nuevo, para un matrimonio pintado de verde.»

Lo cual quiere decir, que para comprar el catre, es necesario que el matrimonio se pinte de verde.

¡Qué exigencias tan extravagantes tienen algunos prenderos!

Luis TABOADA.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Recorriendo la historia económica de las naciones europeas, causan verdadero asombro las singulares providencias que se adoptaban con pretexto de amparar la producción. Así como en Inglaterra, por ejemplo, no se permitía en los primeros tiempos entrar mercancías extranjeras sino cobrándolas en géneros nacionales, Francia, en tiempo de San Luis, hacía consistir la felicidad en no dejar sacar nada del reino. Era una especie de protección inversa de la que hoy priva. El mencionado rey decretó la libertad de exportación.

Los falsificadores de antigüedades han perfeccionado su arte hasta el punto de fabricar momias egipcias artificiales. En el Museo británico existen algunas de estas momias de contrabando, según lo reconoció Blumenbach; pero lo admirable es que los sudarios en que están envueltas son del legítimo tejido de lino que se elaboraba en tiempo de los Faraones, procedente, sin duda, de los antiguos y abundantes depósitos de lienzo que se han encontrado en algunas cuevas de Egipto.

Los laberintos más celebres fueron los siguientes:

El de Egipto, que según Pomponio Mela, tenía tres mil aposentos y doce palacios dentro de un solo recinto de murallas. Era más bien un templo inmenso donde figuraban todas las divinidades del país.

El de la isla de Creta, construido por Dédalo, donde estaba el minotauro.

El de la isla de Lemnos, con sus 150 columnas, construido por los arquitectos Rhodus, Zmilus y Teodoro.

El de Italia, que Porsena, rey de Etruria, hizo construir para sepulcro suyo.

Merece ser mencionada, aunque poco conocida, una clase de vinos de Burdeos, por su importancia histórica. Son los procedentes de las viñas del papa Clemente, junto á Pessac. Fueron propiedad de Beltrán de Goth, arzobispo de Burdeos, que fué después el papa Clemente V. Las cedió por una bula promulgada en Diciembre de 1309, á los que fuesen arzobispos de Burdeos, quienes las fueron disfrutando hasta el año 1742, en que se vendieron como propiedad nacional. Su actual poseedor ha sostenido un pleito con los terratenientes sus vecinos, para impedirles que llamen á sus productos vinos del papa Clemente.

—¿Por qué gusta tanto la hermosura?—preguntaban á Aristóteles.

—Esa es una pregunta de ciego, contestó.

MADRID.—1894

Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.^a, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel Garcia.